

Friedrich Nietzsche

Ecce homo

Cómo se llega a ser lo que se es

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Ecce homo. Wie man wird, was man ist*

Primera edición: 1971
Tercera edición: 2011
Novena reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Andrés Sánchez Pascual
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5355-6
Depósito legal: M. 29.486-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Andrés Sánchez Pascual
 - ECCE homo
- 21 Prólogo
- 29 Por qué soy yo tan sabio
- 47 Por qué soy yo tan inteligente
- 72 Por qué escribo yo libros tan buenos
- 85 El nacimiento de la tragedia
- 93 Las Intempestivas
- 100 Humano, demasiado humano
- 109 Aurora
- 113 La gaya ciencia
- 115 Así habló Zaratustra
- 133 Más allá del bien y del mal
- 136 Genealogía de la moral
- 138 Crepúsculo de los ídolos
- 142 El caso Wagner
- 151 Por qué soy yo un destino

- 165 Notas del traductor
- 183 Cuadro cronológico

Introducción

Este escrito de Nietzsche, la más original introducción a su vida y a su obra que pudiera pensarse, ha sido y continuará siendo un libro desconcertante e incluso enigmático. Para unos representa la cumbre más alta en la historia universal de la autobiografía; es, según ellos, un libro sincero, honesto, desgarrado, un libro que fascina por la claridad que lanza sobre un alma, sobre la historia de un alma; constituye un acto de valentía sin igual, mediante el que alguien dice por fin: *Ecce homo*; sí, aquí tenéis al hombre, podéis mirarlo; pero no olvidéis que bajo su humana figura se esconde un dios... Aquí estoy yo, el primer espíritu del siglo, olvidado y despreciado por todos vosotros; soy un desconocido, a pesar de mi grandeza; incluso camino rápidamente hacia la cruz: hacia la demencia, que pronto me arrastrará a sus tinieblas. Mas a pesar de vuestro olvido y vuestro desprecio, «yo soy un destino», soy el heraldo de una nueva época, «sobre mí pesa una

responsabilidad indecible... Pues yo llevo sobre mis espaldas el destino de la humanidad». Yo me opongo a todos vosotros, soy un osado que se ha atrevido a descubrir la «mentira de milenios» y vengo a anunciaros una *edad trágica*: «habrá guerras como no las ha habido nunca».

Para otros, en cambio, este escrito es también una cumbre; pero una cumbre de petulancia, de desmedido orgullo, una impudicia, algo que no puede leerse sin sentir repugnancia a cada frase, a cada palabra. El señor Nietzsche, piensan éstos, quiere decirnos quién es él, para que no lo confundamos con otros. Muy bien, estamos dispuestos a escucharle. Pero ¿por qué habla tan alto, por qué nos atruena los oídos con sus gritos, con sus exclamaciones, con sus insultos? ¿Qué nos importan a nosotros sus pequeñeces, sus tonterías? ¿Es tan decisivo que sepamos que el alcohol le sienta mal y que «un vaso de vino o de cerveza al día basta para hacer de mi (su) vida un valle de lágrimas»? ¿A qué viene decirnos que en climas calurosos «el té es desaconsejable como primera bebida del día y se debe comenzar una hora antes con una taza de chocolate espeso y desgrasado»? El señor Nietzsche cree que sus antecesores fueron aristócratas polacos; por nuestra parte, puede creerlo. Pero ¿por qué lo repite tantas veces? Y ¿por qué lanza tanto cieno sobre Alemania y los alemanes? ¿Está resentido el señor Nietzsche, él, que tanto habla de resentimiento? Basta, basta; dejemos el libro; perdonemos; en realidad sólo ha podido ser escrito por un «loco», o, seamos más benignos, por alguien que se encontraba «al borde de la locura».

Éstas son, en esquema, las dos opuestas reacciones que este libro singular ha provocado y seguirá provocando

siempre. Pero si por un momento se aparta la vista del contenido para fijarla en algunos aspectos formales, nadie podrá negar que esta obra constituye un *unicum*: algo excepcional. En primer término, porque representa una oportunidad irremplazable el que un filósofo famoso, a quien se le atribuyen tantas influencias, se avenga a narrarnos una por una la génesis de sus obras, las intenciones que las mueven, el clima en que nacieron, los influjos recibidos. En segundo lugar, porque si, aparte del largo capítulo dedicado a sus obras, los otros cuatro se titulan «Por qué soy yo tan sabio», «Por qué soy yo tan inteligente», «Por qué escribo yo libros tan buenos», «Por qué soy yo un destino», algo así ha de constituir necesariamente un caso de genialidad, aunque sea una genialidad patológica. En tercer término, porque literariamente este libro, aun con sus caídas, profundas a veces, está escrito en una prosa magnífica, llena de combinaciones sorprendentes, en un lenguaje transparente y musical, digno de uno de los más grandes escritores alemanes. No es, desde luego, la «*Sinfonía Júpiter* de las letras germanas», como ampulosamente ha dicho un norteamericano; pero sí es algo que nadie leerá sin ser conmovido, tocado, zarandeado, irritado, para acabar sintiendo una intensa curiosidad de conocer las obras de un filósofo capaz de escribir semejante autobiografía. En este sentido, como ya se ha dicho, ninguna introducción más *original* que ésta al hombre Nietzsche, a la obra Nietzsche, sobre todo porque no es una de esas «introducciones» que dejan simplemente a la puerta; por el contrario, Nietzsche aferra al lector con su poderosa garra y lo mete hasta lo más hondo de su ser.

El texto que el lector va a encontrar pronto ante sí tiene, sin embargo, una curiosa y complicada historia; conviene contarla, aunque sea con brevedad.

Historia de un texto

Nietzsche mismo nos dice que el día en que cumplía cuarenta y cuatro años, el 15 de octubre de 1888, decidió «contarse su vida a sí mismo». Desde ese momento hasta mediados de noviembre, en que envió el manuscrito a la imprenta, Nietzsche trabaja con intensidad en la composición de esta obra. Varios son los títulos que anota, para luego escoger el definitivo. Helos aquí;

- a) *In media vita*. Anotaciones de un agradecido. Por F. N.
- b) *Ecce homo*. Anotaciones de un hombre múltiple.
 1. Habla el psicólogo.
 2. Habla el filósofo.
 3. Habla el poeta.
 4. Habla el amante de la música.
 5. Habla el escritor.
 6. Habla el educador.
- c) *Fridericus Nietzsche, de vita sua*. Traducido al alemán.
- d) *El espejo*. Ensayo de una autovaloración.
- e) *En trato con los antiguos*. Apéndice: *Ecce homo*.

Cada uno de ellos es un título sugestivo y nos ofrece un esbozo brevísimo de la autoimagen de Nietzsche.

Éste escoge por fin el título *Ecce homo*, con su resonancia evangélica. Sin duda le complacía recordar a Pilatos en el momento en que, presentando al pueblo a un Jesús azotado y escarnecido, dijo: *Ecce homo*, ahí tenéis al hombre.

Una vez elegido definitivamente el título, Nietzsche duda entre varios subtítulos:

- a) *Ecce homo*, un regalo a mis amigos.
- b) *Ecce homo*, o un problema para psicólogos. Por qué yo soy algo más.
- c) *Ecce homo*. Cómo se llega a ser el que se es.

La elección se inclina por el último, reminiscencia de la famosa frase de Píndaro: «Llega a ser el que eres» (*Pínticas*, II, 72), que tantas veces había Nietzsche citado indirectamente en sus obras anteriores.

Desde el momento en que envía el manuscrito a la imprenta Nietzsche continúa mandando nuevas modificaciones y adiciones, así como corrigiendo pruebas, hasta el 29 de diciembre en que envía los últimos cambios, entre ellos el importante § 3 de «Por qué soy yo tan sabio», del que luego se hablará. El 3 de enero de 1889 Nietzsche se desploma psíquicamente y es internado en un sanatorio. Inmediatamente después Peter Gast, su inseparable amigo y amanuense, va a Leipzig para ver los textos de su amigo que se encuentran en manos del editor de éste. En aquel momento Nietzsche es un hombre que acaba de caer en la locura, a quien sólo su madre cuida y por cuya suerte literaria no se preocupan de verdad más que dos personas: Franz Overbeck, el catedrático de Ba-

silea, y Peter Gast. Éste se lleva consigo el manuscrito de *Ecce homo* y decide sacar una copia en limpio. Pero asustado por lo explosivo del texto, que él lee entonces por vez primera, decide «eliminar» algunos pasajes, «reelaborar» otros, en fin, «castrarlo» para una eventual publicación, según él mismo dice en sus cartas a Overbeck (todas las expresiones entrecomilladas son del propio Peter Gast). Sin embargo, con el manuscrito no se encontraba el aludido § 3 de «Por qué soy yo tan sabio», ya que Nietzsche lo había mandado en folio aparte y había quedado en casa del editor.

Historia de un folio

Poco después la hermana de Nietzsche, posterior creadora del «Archivo Nietzsche» y contumaz falsificadora de textos de su hermano, sobre todo de cartas, tuvo conocimiento de que existía un folio lleno de insultos contra ella y contra su madre, folio que se encontraba en manos del editor (en ese mismo folio, como luego se ha visto, venían además algunas importantes correcciones de otros pasajes). Por mediación de Peter Gast consiguió rescatarlo. Al mandárselo, el 9 de febrero de 1892, éste le escribe, entre otras cosas, que «es preciso destruirlo», cosa que la hermana hizo sin duda, pues ha desaparecido. Pero... Peter Gast había hecho, él mismo, una copia de ese folio, la cual no ha sido descubierta hasta julio de 1969, cuando hace ya mucho tiempo que todos los protagonistas de esta historia han desaparecido. El descubrimiento fue llevado a cabo en Weimar por G.

Colli y M. Montinari, editores de la nueva edición de las *Obras* de Nietzsche, actualmente en curso de realización, a quienes tanto debe la investigación nietzscheana. Por aquella época, 1892, nadie pensaba ciertamente en editar *Ecce homo*. Si Nietzsche dice en esta obra: «Yo no soy un hombre, soy dinamita», sin duda se creía que no se podía hacerla explotar entregándola al público. Por ello el manuscrito de *Ecce homo* quedó en manos de Elisabeth Förster-Nietzsche, hasta que en 1908, veinte años después de haber sido escrito por Nietzsche y ocho después de su muerte, se tomó la decisión de publicarlo.

La edición fue llevada a cabo por el profesor de Leipzig Raoul Richter, quien se basó en el manuscrito original, pero con algunas «censuras» y, desde luego, sin el discutido § 3 de «Por qué soy yo tan sabio», que fue imposible arrancar a la hermana. Sin duda ésta ya no lo tenía. En su lugar hubo que poner el anterior, esto es, el «tachado» por Nietzsche mediante su último envío, el cual ha venido pasando hasta este momento como el verdaderamente querido por Nietzsche. El texto de *Ecce homo* quedó fijado desde entonces y en las innumerables ediciones de esta obra que se han sucedido al correr de los años ha permanecido idéntico. Incluso la revolucionaria edición de K. Schlechta (1956), que tantas falsificaciones descubrió y reveló, realizadas por la hermana, se limita simplemente a reproducir el texto «canónico». Ahora bien, éste era una mezcla de tres elementos: a) un capítulo «tachado» por Nietzsche mismo, b) unos pasajes «censurados» por Peter Gast y por la familia de Nietzsche (tales pasajes, naturalmente, aparecían allí por su ausencia), y c) el resto, lo querido por Nietzsche (a ex-

cepción de lo *eliminado* por Peter Gast y por la familia de Nietzsche, que se desconoce).

La presente edición

El descubrimiento realizado por G. Colli y M. Montinari ha permitido conocer el texto de Nietzsche tal como éste quiso que fuera. En esta edición aparece publicado por vez primera en España el texto «puro» del *Ecce homo*. Es decir, un texto sin ninguna «interpolación» y sin ninguna «censura». Aunque los textos «censurados» no eran de extremada importancia, excepto uno, y constituían más bien una consecuencia de la vulgaridad intelectual de la hermana de Nietzsche y de quienes la rodeaban, resultaba imperdonable que una de las obras más originales y atrayentes de un filósofo como Nietzsche continuase falsificada. El lector va a enfrentarse inmediatamente a esa obra en su pureza. La puntuación de Nietzsche, tan extraña a veces, pero siempre tan expresiva, se ha conservado íntegra. Y el nerviosismo del estilo nietzscheano, que alcanza su cumbre en esta pequeña obra y que más de una vez torturará al lector, no constituye, para decirlo con palabras de Nietzsche, más que un «anzuelo».

El traductor ha puesto numerosas notas, no como comentario, sino como aclaración. Tales notas van constituyendo ya una especie de «tradición» que se transmite de unos editores a otros. Asimismo ha subrayado, con independencia, y aun críticamente, ciertos aspectos de esta obra. Se declara deudor, sin embargo, de los citados

G. Colli y M. Montinari, que de manera tan sistemática están procediendo en su edición, esperemos que definitiva, de la obra de un filósofo que se atrevió a afirmar, sin mentir: *Ecce homo*.

Andrés Sánchez Pascual
«Kiek ut», abril de 1971

Nota a la segunda edición

Para esta nueva edición de *Ecce homo* se ha revisado la traducción y se han mejorado las notas.

Andrés Sánchez Pascual
Bad Godesberg, 14 de agosto de 1998

Ecce homo

Cómo se llega a ser lo que se es

Prólogo

1

Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le ha hecho, me parece indispensable decir *quién soy yo*. En el fondo sería lícito saberlo ya: pues no he dejado de «dar testimonio» de mí. Mas la desproporción entre la grandeza de mi tarea y la *pequeñez* de mis contemporáneos se ha puesto de manifiesto en el hecho de que ni me han oído ni tampoco me han visto siquiera. Yo vivo de mi propio crédito; ¿acaso es un mero prejuicio que yo vivo?... Me basta hablar con cualquier «persona culta» de las que en verano vienen a la Alta Engadina para convencerme de que yo *no* vivo... En estas circunstancias existe un deber contra el cual se rebelan en el fondo mis hábitos y aun más el orgullo de mis instintos, a saber, el deber de decir: *¡Escuchadme!, pues yo soy tal y tal. ¡Sobre todo, no me confundáis con otros!*

2

Por ejemplo, yo no soy en modo alguno un espantajo, un monstruo de moral, – yo soy incluso una naturaleza antitética de esa especie de hombres venerada hasta ahora como virtuosa. Dicho entre nosotros, a mí me parece que justo esto forma parte de mi orgullo. Yo soy un discípulo del filósofo Dioniso, preferiría ser un sátiro antes que un santo. Pero léase este escrito. Tal vez haya conseguido expresar esa antítesis de un modo jovial y afable, tal vez no tenga este escrito otro sentido que ése. La última cosa que *yo* pretendería sería «mejorar» a la humanidad¹. Yo no establezco ídolos nuevos, los viejos van a aprender lo que significa tener pies de barro. *Derribar ídolos* («ídolos» es mi palabra para decir «ideales») – eso sí forma ya parte de mi oficio. A la realidad se la ha despojado de su valor, de su sentido, de su veracidad en la medida en que se ha *fingido mentirosamente* un mundo ideal... El «mundo verdadero» y el «mundo aparente»² – dicho con claridad: el mundo *fingido* y la realidad... Hasta ahora la *mentira* del ideal ha constituido la maldición contra la realidad, la humanidad misma ha sido engañada y falseada por tal mentira hasta en sus instintos más básicos – hasta llegar a adorar los valores *inversos* de aquellos solos que habrían garantizado el florecimiento, el futuro, el elevado *derecho* al futuro.

3

– Quien sabe respirar el aire de mis escritos sabe que es un aire de alturas, un aire *fuerte*. Es preciso estar hecho para ese aire, de lo contrario se corre el no pequeño peligro de

resfriarse en él. El hielo está cerca, la soledad es inmensa – ¡mas qué tranquilas yacen todas las cosas en la luz!, ¡con qué libertad se respira!, ¡cuántas cosas sentimos *debajo de nosotros!* – La filosofía, tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es vida voluntaria en el hielo y en las altas montañas – búsqueda de todo lo problemático y extraño que hay en el existir, de todo lo proscrito hasta ahora por la moral. Una prolongada experiencia, proporcionada por ese caminar *en lo prohibido*, me ha enseñado a contemplar las causas a partir de las cuales se ha moralizado e idealizado hasta ahora, de un modo muy distinto a como tal vez se desea: se me han puesto al descubierto la historia *oculta* de los filósofos, la psicología de sus grandes nombres³. – ¿Cuánta verdad *soporta*, cuánta verdad *osa* un espíritu?, esto fue convirtiéndose cada vez más, para mí, en la auténtica unidad de medida. El error (–el creer en el ideal–) no es ceguera, el error es *cobardía*... Toda conquista, todo paso adelante en el conocimiento es *consecuencia* del coraje, de la dureza consigo mismo, de la limpieza consigo mismo... Yo no refuto los ideales, ante ellos, simplemente, me pongo los guantes... *Nitimur in vetitum*⁴ [nos lanzamos hacia lo prohibido]: bajo este signo vencerá un día mi filosofía, pues hasta ahora lo único que se ha prohibido siempre, por principio, ha sido la verdad. –

4

– Entre mis escritos ocupa mi *Zarathustra* un lugar aparte. Con él he hecho a la humanidad el regalo más grande que hasta ahora ésta ha recibido. Este libro, dotado de

una voz que atraviesa milenios, no es sólo el libro más elevado que existe, el auténtico libro del aire de alturas –todo el hecho «hombre» yace a enorme distancia *por debajo de él*–, es también el libro *más profundo*, nacido de la riqueza más íntima de la verdad, un pozo inagotable al que ningún cubo desciende sin subir lleno de oro y de bondad. No habla en él un «profeta», uno de esos espantosos híbridos de enfermedad y de voluntad de poder denominados fundadores de religiones. Es preciso ante todo *oír* bien el sonido que sale de esa boca, ese sonido alciónico⁵, para no ser lastimosamente injustos con el sentido de su sabiduría. «Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo–»⁶.

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y, conforme caen, su roja piel se abre. Un viento del norte soy yo para higos maduros.

Así, cual higos, caen estas enseñanzas hasta vosotros, amigos míos: ¡bebed su jugo y su dulce carne! Nos rodea el otoño, y el cielo puro, y la tarde⁷. –

No habla aquí un fanático, aquí no se «predica», aquí no se exige *fe*: desde una infinita plenitud de luz y una infinita profundidad de dicha va cayendo gota tras gota, palabra tras palabra, – una delicada lentitud es el *tempo* [ritmo] propio de estos discursos. Algo así llega tan sólo a los elegidos entre todos; constituye un privilegio sin igual el ser oyente aquí; nadie es dueño de tener oídos para escuchar a Zaratustra... ¿No es Zaratustra, con todo esto, un *seductor*?... ¿Qué es, sin

embargo, lo que él mismo dice cuando por vez primera retorna a su soledad? Exactamente lo contrario de lo que en tal caso diría cualquier «sabio», «santo», «redentor del mundo» y otros *décadents*⁸ [decadentes]... No sólo habla de manera distinta, sino que también *es* distinto...

¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora solos! Así lo quiero yo.

En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aun mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado.

El hombre del conocimiento no sólo tiene que poder amar a sus enemigos, tiene también que poder odiar a sus amigos⁹.

Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona?

Vosotros me veneráis: pero ¿qué ocurrirá si un día vuestra veneración *se derrumba*? ¡Cuidad de que no os aplaste una estatua!

¿Decís que no creéis en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes, ¡mas qué importan todos los creyentes!

No os habíais buscado aún a vosotros: entonces me encontrasteis. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe.

Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros; y sólo *cuando todos hayáis renegado de mí*¹⁰ volveré entre vosotros¹¹.

Friedrich Nietzsche